

mujerón soberbio. Pero lo que yo no admito es que ella se hiciese la interesante. ¿Con Cavalleiro, buen rapaz y gobernador civil? No lo creo. Cavalleiro se aprovechó.

Y con los carrillos brillantes de admiración:

— Para caballos y mujeres, no hay otro en Oliveira.



V

LA *Gaceta de Oporto*, con la correspondencia vengadora, debía llegar á Oliveira el jueves por la mañana, día de los años de la prima María Mendoza. Gonzalo, aunque no temiese (escudado tras su seudónimo de *Juvenal*) un encuentro con Cavalleiro, ni siquiera con alguno de sus serviles partidarios, como Marcolino el del *Independiente*, recogióse discretamente á Santa Ireneia el miércoles, á caballo, acompañado por Barrolo hasta la Vendíña, donde ambos probaron el vino blanco tan celebrado por *Titó*. Después, para recordar los memorables lugares que en la novela se encontraban Lorenzo Ramires y el *Bastardo* de Bayao, tomó el camino que, atravesando los pomares de la esparcida aldea de Santa Piedra, entronca con la carretera de los Bravaes.

En un trote holgado rebasó la Fábrica de Vidrios; después el Crucero, donde las palomas de la Fábrica iban siempre á posarse, y entraba ya

en el lugar de Nacejas, cuando en la ventana de una casa muy limpia, rodeada de parrales, apareció una linda muchacha, morena, con pañuelo de seda bordado sobre bandós graciosamente ondeados.

Gonzalo, parando la yegua, saludó sonriendo suavemente:

— Perdón, hija mía... ¿Voy bien por aquí para Canta Piedra?

— Va, sí, señor. Abajo, en la puente, métase á la derecha, por los álamos. Y todo seguido.

Gonzalo suspiró con gracejo:

— Mejor querría quedar.

Ruborizóse la moza. Torcióse el hidalgo en el sillín para gozar de aquella carita morena, que entre dos tiestos de claveles aparecía en una casa tan silenciosa y callada.

En ese momento desembocaba un cazador de campo, con la escopeta cruzada á la espalda, seguido de dos perdigueros. Era un mozancón airoso que en el batir de los zapatones, en el menear de la cintura enfajada de seda, en el levantar de su faz clara, con los carrillos encarnados, delataba presunción y altanería. Sorprendió la sonrisa y la atención galante del hidalgo y paróse, mirándole con lenta arrogancia. Después pasó desdeñosamente sin curarse de la yegua, raspando casi la pierna del hidalgo con la culata de la escopeta. Más adelante ya, tosió secamente, irónicamente, con petulancia.

Sobrecogido por aquel desgraciado temor, por aquel desmayado encogimiento de la carne, que siempre, ante cualquier peligro ó ante cualquier amenaza lo forzaba irresistiblemente á encogerse, á retroceder, á escapar, Gonzalo espolé la yegua. Abajo, en el puente, desesperado de su timidez, detuvo el trote y miró hacia atrás, hacia la casa blanca y florida. El mocetón se había recostado en la escopeta, bajo la ventana donde la rapaza morena seguía asomada entre los tiestos de claveles. Y así, recostado, después de sonreírle á la moza, miró al hidalgo, desafiándole con la borla de la boina levantada como una cresta flameante.

Gonzalo Mendes Ramires metióse á galope por el ancho camino de álamos que bordea el riachuelo de Donas. En Canta Piedra, ni se demoró á estudiar (como tenía propósito por causa de la novela) el valle, la ribera, las ruinas del monasterio de Recadaes, el molino que se asienta sobre las denegridas piedras de la antigua y tan celebrada Honra de Avellans. Además el cielo, ceniciento y nubloso desde la mañana, se entenebrece hacia Craquéde y Villa-Clara. Un vaho voluptuoso agitaba el follaje... Y pesadas gotas se enterraban en la polvareda cuando él, galopando, entró en la carretera de los Bravaes.

En la Torre encontró una carta de Castañeiro. El patriota deseaba saber «si esa *Torre de don Ramires* se levantaba al fin para honra de las

letras, como la otra, la genuina, se levantara en otro tiempo, en siglos más dichosos, para orgullo de las armas. . . » Y añadía en un *post-scriptum*: «Planeo inmensos carteles, pegados en cada esquina de cada ciudad de Portugal, anunciando en letras inmensas la aparición salvadora de los *Anales*. Y como tengo intención de prometer en ellos á los pueblos su preciosa novela, deseo que el amigo Gonzalo me informe si tiene, según la manera de 1830, un sabroso subtítulo, como *Episodios del siglo XII, ó Crónica del reinado de Alfonso II, ó Escenas de la Edad Media portuguesa*. Yo voto por el subtítulo. Como el subsuelo en un edificio, el subtítulo da á un libro indiscutible solidez. A la obra, pues, mi Ramires, con esa su imaginación feracísima. . . »

Esta invención de inmensos carteles, con su nombre y el título de la novela en letras de colores estridentes, llenando todas las esquinas de Portugal, deleitó al hidalgo, y en esa misma noche, al rumor de la lluvia densa que estallaba en el follaje de los limoneros, reanudó su manuscrito, detenido en las primeras líneas, amplias y sonoras, del capítulo segundo. . .

Marchaba Lorenzo Mendes Ramires hacia Monte Mayor, entre la frescura de la madrugada, cuando al penetrar en el valle de Canta Piedra divisó la mesnada del *Bastardo*, que esperaba desde la media noche, según ya dijera Mendo Paes, para atajarles el paso. Entonces, como un

rosal en un campo yermo, brotaba en esta novela de desolación y de sangre un lance de amor que el tío Duarte cantó en el *Bardo* con doliente elegancia.

Lopo de Bayao, á quien llamaban el *Claro-Sol* por su belleza rubia de hidalgo godo, se enamoró el día de San Juan en el solar de Lañoso, donde se celebraba un torneo, de doña Violante, la hija menor de Tructesindo, á quien el tío Duarte loaba con arrebatado entusiasmo.

¡Qué líquido fulgor de tus ojos emana!

¡Qué ébano tan lustroso en tus trenzas se guarda!

Rindió ella también el corazón de aquel mozo resplandeciente y color de oro que en esa tarde de fiesta, arremetiendo contra los toros, ganó dos paños bordados por la noble señora de Lañoso. Pero Lopo era bastardo, de esa raza de Bayao enemiga de los Ramires por viejísimas cuestiones de tierras y de procedencias, desde el conde don Enrique, acrecentadas después durante las contiendas de don Tareja y don Alfonso Henriques, cuando en Guimaraes, Mendo de Bayao y Ramires el *Cortador* se arrojaron á los rostros los herrados guanteletes. Y fiel al odio secular, Tructesindo Ramires rechazó con áspera arrogancia la mano de Violante al más viejo de los de Bayao, uno de los valientes de Silves, que por Navidad, en la Alcazaba de Santa Ireneia, la pidió para Lopo su sobrino el *Claro-Sol*, ofreciendo avenen-

cias casi sumisas de alianza y de dulce paz. Este ultraje molestó al solar de Bayao, que se honraba en Lopo á pesar de ser bastardo, por su bravura y su gracia galante. Y entonces Lopo, herido dolorosamente en su corazón, y más furiosamente en su orgullo, para hartar el hambriento deseo, para infamar el claro nombre de los Ramires, intentó raptar á doña Violante. Era en la primavera, con todas las vegas del Mondego ya verdes. La donosa señora, entre algunos escuderos y parientes, iba de Treixedo al monasterio de Lorvao, donde su tía doña Blanca era abadesa. . . En el *Bardo*, cantó el tío Duarte lánguidamente el romántico lance:

En la fuente morisca, entre los olmos,  
La cabalgata para. . .

Y junto á los olmos de la fuente surgió el *Claro-Sol*, que con los suyos espiaba. Mas en el comienzo de la corta lid, un primo de doña Violante, el agigantado señor de los Pazos de Avellín, lo desarmó y lo mantuvo un momento arrojado bajo el relucir de su adarga.

Y con la vida perdonada, rugiendo de sorda rabia, el bastardo huyó entre los pocos solareños que le acompañaban. Desde entonces, entre los Bayao y los Ramires ardió el rencor más fieramente, y helos ahora, en el comienzo de la guerra de las Infantas, los dos enemigos cara á

cara, en el valle estrecho de Canta Piedra: Lopo, con treinta lanzas y más de cien ballesteros de la Hueste Real; Lorenzo Mendes Ramires, con quince caballeros y noventa hombres á pie.

Agosto terminaba; el estío amarilleaba toda la hierba, los pastos famosos del valle y hasta el follaje de los almendros y de los avellanos que sombreaban las márgenes del riachuelo de las Donas, que se arrastraba con dormido murmullo. Sobre un otero, hacia Ramilde, destacábase, entre poderosas ruinas erizadas de zarza, la denegrida *Torre redonda*, resto de la vieja Honra de los Avellan, incendiada durante las crudas contiendas de los Salcedas y de los Landim, y habitada ahora por el alma doliente de Guiomar de Landim, la *Mal Casada*. En lo alto de un cabezo, dominando el valle, el monasterio de Recadaes extendía sus paredes de piedra nueva, con el fuerte torreón almenado como el de una fortaleza, desde donde los monjes espiaban inquietos aquel brillar de armas que desde la madrugada llenaba el valle. Y el mismo temor acosaba á las aldeas comarcanas, que se apresuraban á ganar el santo y murado refugio del convento recogiendo los ganados.

Al avistar tan nutrido bando de caballeros y peones, esparcido hacia las riberas del riachuelo por entre la sombra de los árboles, Lorenzo Ramires detúvose junto á un montón de piedras, donde se pudría enclavada una tosca cruz de

palo. Y uno de los suyos, que volvía de reconocer la mesnada, gritaba:

— Son hombres de Bayao y de la Hueste Real.

Era imposible el paso, pero el denodado Ramires no dudó en avanzar. En cuanto asomase al valle, arremetería contra toda la gente de Bayao... En esto ya el adalid de Bayao se adelantaba corveteando en el rosillo flaco, y atronando el valle con su ronco pregón:

— ¡Detenerse, detenerse, que no hay paso! Y el noble señor de Bayao, en nombre del rey y por merced de su señoría, os guarda vidas salvas si volvéis las espaldas sin tardanza.

Lorenzo Ramires gritó:

— ¡A él!

Toda un ala de caballeros de Santa Ireneia trotó hacia el interior del valle, lanzas en ristre, y el hijo de Tructesindo, de pie en los estribos de hierro, con la visera del casco levantada para que le mirasen bien, lanzó al bastardo injurias de furioso orgullo:

— Llama á otros tantos villanos de los que te siguen, que por sobre ellos y por sobre ti llegaré esta noche á Monte Mayor.

Y el bastardo, á quien una red de mallas toda acairelada de oro cubría, clamaba estirando la mano calzada de hierro:

— Para atrás volverás, burlón traidor, al sitio de donde has salido, si mando á tu padre tu cuerpo en unas andas.

Estos fieros desafíos rodaban en versos serenamente acompasados en el poema del tío Duarte, y después de reforzarlos Gonzalo Mendes Ramires (sintiendo el alma enardecida por el heroísmo de su raza como por un viento que soplara desde el fondo de los siglos), arrojó uno contra otro los valerosos bandos. Gran contienda, gran gritería...

Á través de la gruesa polvareda que los garrruchones levantaban, almogávares de Santa Ireneia y almogávares de la Hueste Real arremetense entre un estruendo inmenso de lanzas que se parten y dardos que se clavan, mientras entre la tierra revuelta algún mal herido marcha atontado, tambaleándose, buscando el abrigo del arbolado y la frescura del riachuelo. En el más noble momento de la pelea, por encima de los corceles que se empinan alzando las coberturas de malla, brillan las lisas planchas de los montantes, y desde lo alto de los arzones de cuero bermejo cae algún chapeado señor con ruido de herrajes sobre la tierra muelle. Caballeros é infanzones, como en un torneo, apenas tercián las lanzas para derribarse, abollados los arneses, con clamores de excitada ufanía, y sobre los villanos, en quien ceban el furor de la matanza, se abaten sus espadones, se despeñan sus hachas, desmenuzando los cascos de hierro como cántaros de arcilla.

Por entre el peonaje de Bayao y de la Hueste

Real, Lorenzo Ramires avanza más levemente que el céfiro entre la hierba tierna. Á cada arranque suyo, un pecho vacila traspasado, y brazos se retuercen en la agonía. El bastardo, tan arriesgado en el combate, no se atrevía á bajar esa mañana de la loma de un otero, donde una fila de lanzas lo guardaba como una estacada.

Lorenzo, deseoso de romper el cerco, gastaba sus fuerzas dirigiéndose roncamente al bastardo con los duros ultrajes de ¡cerdo! y ¡marrano! Ya le borboteaban del hombro, por la loriga, hilos lentos de sangre. Encontróse de pronto Lorenzo Ramires rodeado de espadas, mientras desde lo alto del otero el bastardo bramaba:

— ¡Cogedle por las manos! ¡Vivo, vivo! ¡Cogedle vivo!

— ¡No; aún me resta alma, villano! — rugía Lorenzo.

Y trepaba más rabiosamente sobre los cuerpos muertos cuando una lanza le acertó en el brazo, dejándose amortecido, con la espada colgando, presa todavía al puño por la correa, pero sin servir más de lo que en aquella ocasión hubiera podido servir un peñasco.

Agarráronlo los peones, amarrándolo con cuerdas. Estaba yerto, con los ojos cerrados y los cabellos apelmazados en una pasta de polvareda y de sangre. Y delante de las andas, hechas con ramas y troncos de hayas, en que lo extendieron, el bastardo, limpiándose el sudor que le corría

por la faz hermosa, por las barbas doradas, murmuraba conmovido:

— ¡Ah, Lorenzo, Lorenzo! ¡Qué gran dolor es para mí este, cuando podríamos ser hermanos y amigos!

Así, ayudado por el tío Duarte, por Walter Scott y por las noticias del Panorama, compuso Gonzalo la malaventurada lid de Canta Piedra, y con estas palabras de Lopo, por donde pasaba la tristeza del amor vedado, cerró el capítulo segundo, en el que trabajó tres días tan absortamente, que en torno el mundo parecía como que se callaba y se hundía en la penumbra.

Hacia el lado de los Bravaes, donde el domingo se celebraba la romería de Nuestra Señora de las Candelas, estallaron unos cuantos cohetes. Después de la lluvia de aquellos tres días, una gran frescura caía del cielo lavado y tenue sobre los campos más verdes; y como todavía hasta la hora de comer faltábale media larga, el hidalgo agarró el sombrero, y con la misma chaqueta de trabajo y un bastoncito de caña, bajó á la carretera, tomando por el camino que se estrecha entre el muro de la Torre y las tierras de centeno.

Por la silenciosa vereda, todavía húmeda, Gonzalo pensaba en sus formidables abuelos. ¡Cómo resurgían en su novela sólidos y resonan-

tes! Realmente, una comprensión tan segura de aquellas almas alfonsinas, mostraba bien que su alma conservaba aún el mismo quilate y procedía del mismo bloque de oro. Porque un corazón muelle ó degenerado, no sabría narrar hazañas de tan fuertes corazones y de tan fuertes eras; y nunca el buen Barrolo ó el excelente Manuel Duarte podrían reconstruir los altos espíritus de Martín de Freitas ó Alfonso de Albuquerque. . . Sobre esto desearía él que los críticos insistiesen al estudiar después la *Torre de Don Ramires*, pues Castañeiro le aseguraba largos artículos en *Las Novedades* y en *La Mañana*. Sí, eso es lo que convenía marcar con cierto relieve (y él se lo recordaría á Castañeiro), que los ricos-hombres de Santa Ireneia revivían en su nieto, si no por la continuación heroica de las mismas hazañas, por la misma elevada comprensión de heroísmo... ¡Qué diablo! Bajo el reinado del horrendo San Fulgencio, él no podía destruir el solar de Bayao, desmantelado hacía ya seiscientos años por su abuelo Leonel Ramires, ni reconquistar á los moros esa torreada Monforte donde Antonino Moreno era ahora lánguido gobernador civil. Pero sentía la grandeza y el prestigio histórico de ese arrojado que en otro tiempo impelía á los suyos á arrasas solares rivales y á escalar villas moriscas; arrojaba á la vida ambiente esos varones temerosos, con sus corazones y sus trajes, sus inmensas cuchilladas y sus bravatas subli-

mes; dentro del espíritu y de las expresiones de su siglo, era, pues, un buen Ramires, un Ramires de energías, no hazañosas, sino intelectuales, como convenía á una edad de intelectual descanso; y los periódicos, que tanto motejan la decadencia de los hidalgos de Portugal, deberían, en justicia, señalar (y él se lo recordaría á Castañeiro) «á uno, y el mayor, que con las formas y los modos de su tiempo continúa y honra á su raza».

Llevado por estos pensamientos, que hacían más sonoras sus pisadas sobre tierra tan trillada por los suyos, el hidalgo de la Torre llegó á la esquina del muro de la quinta, separada del pinar por unos bardales. Del noble portón que en otro tiempo allí se levantara con labores y blasón de armas, quedaban apenas los dos umbrales de granito cubiertos de musgo amarillento.

En ese momento, de los caminos hondos apagados en la sombra, subía chirriando un carro de bueyes, que una linda boyerina guiaba.

— Nuestro Señor le dé buenas tardes.

— Buenas tardes, flor.

El carro, lento, pasó, surgiendo detrás un hombre desgachado y oscuro que traía al hombro una cayada, de donde colgaba un manojo de cuerdas.

El hidalgo de la Torre reconoció á José Casco, el de los Bravaes. El otro, alargando el paso, rezongó duramente en el silencio del arbolado y

de la tarde el nombre del hidalgo. Entonces, con el corazón sobresaltado, Gonzalo Mendes Ramires paróse, forzando una sonrisa amable.

— ¡Hola! ¿Es usted, José? ¿Qué hay?

Casco paróse con las costillas arqueadas bajo la curtida camisa del trabajo.

— Hay que yo hablé claro con el hidalgo, y no era para que después me faltase á la palabra.

Gonzalo Mendes levantó la cabeza con una dignidad lenta y costosa, como si levantase una masa de hierro.

— ¿Qué está usted diciendo, Casco? ¡Faltar á la palabra! ¿En qué le falté á la palabra? . . . ¿Por el arrendamiento de la Torre? ¿Acaso hubo entre nosotros escritura firmada? Usted no volvió, no apareció. . .

Casco enmudeció asombrado. Después, con una cólera en que le temblaban los labios y las secas manos cabelludas que apoyaba en el cayado, exclamó:

— Si hubiese papel firmado, el hidalgo no podría retroceder. . . Mas entre gente de bien era como si lo hubiese. Hasta vuestra señoría dijo cuando yo acepté: «¡está tratado!» El hidalgo dió su palabra.

Gonzalo aparentó la paciencia de un señor benévolo:

— Escuche, José Casco. La carretera no es lugar. Si quiere que conversemos, venga mañana

por la Torre. Yo estoy siempre, como usted sabe, por la mañana. Vaya mañana; no me incomoda.

Y marchaba ya con las piernas débiles y un sudor frío en el espinazo, cuando Casco, dando un rodeo, se le plantó delante.

— El hidalgo ha de decir aquí mismo. . . El hidalgo dió su palabra. . . A mí no se me hacen estas partidas. . . El hidalgo dió su palabra.

Gonzalo miró vagamente á su alrededor con la ansiedad de un socorro. Cercábalo la soledad y el arbolado. En la carretera, levemente esclarecida por un resto de tarde, el carro de leña chirriaba más lento á lo lejos. Las ramas de los altos pinos gemían con un gemir durmiente y remoto. Entre los troncos ya se hacía más densa la sombra y la niebla. Aterrado por aquella vasta tristeza solitaria que lo envolvía, intentó Gonzalo un refugio en la idea de justicia y de ley, que aterra á los hombres del campo. Y como amigo que aconseja á un amigo, con blandura, los labios resecos y trémulos, díjole:

— Escuche, Casco; escuche, hombre. Las cosas no se arreglan gritando. Puede haber disgusto, y venir el alguacil, y detrás la cárcel. Y usted tiene mujer y chicos pequeños. Escuche. Si descubrió motivo para quejarse vaya á la Torre y conversaremos. Tranquilamente todo se discute, hombre. Con gritos, no. Viene el alguacil, vienen los disgustos.

De repente Casco creció en la solitaria carre-



tera, negro y alto como un pino, con un furor en el que le saltaban los ojos abrasados, casi sangrientos:

— ¡Todavía me amenaza el hidalgo con la justicia! ¡Todavía, encima de faltarme á la palabra, me amenaza con la cárcel! Entonces, con todos los diablos, primero que entre en la cárcel le he de desmigajar los huesos.

Levantó el cayado... Pero en un momento de razón y respeto, todavía gritó:

— Huya, que me pierdo... Huya, que lo mato y me pierdo.

Gonzalo Mendes Ramires corrió hacia la cancela entallada en los umbrales de granito, empujó las tablas mal clavadas, emprendiendo una carrera furiosa de liebre acosada. Al terminar la viña, junto á las avenas, una higuera silvestre, densa en hoja, había crecido dentro de un desusado rulo de granito. En ese escondrijo de rama y piedra se agazapó el hidalgo de la Torre. Descendió el crepúsculo sobre los campos y con él una serenidad en que se adormecían frondas y selvas. Aguijoneado por el silencio y el sosiego, Gonzalo abandonó el cerrado abrigo, recomendando á correr, en un correr manso, sobre la punta de las botas blancas. De nuevo se paró rendido. Y creyendo ver lejos, junto al arbolado, una mancha clara, algún jornalero en mangas de camisa, gritó ansiosamente: «¡Ricardo! ¡Manuel! ¿Va alguien? ¿Va por ahí alguien?» La mancha

indecisa hundióse en el indeciso follaje. Una rana croó en un regato.

Estremeciéndose Gonzalo, volvió á tomar la carrera hasta una esquina del pomar, donde encontró cerrada una puerta, vieja puerta, mal segura, de goznes herrumbrosos. Furioso derribóla con los hombros, poderosos como trancas. Cedieron dos tablas, y por el espacio abierto atravesó el hidalgo, desgarrándose la chaqueta, y respiró, en fin, al amparo del pomar murado, delante de los balcones de la casa, abiertos á la frescura de la tarde, junto á la Torre, junto á su Torre negra y milenaria, más negra y añosa en aquel fondo vagamente claro de la luna suave que ascendía.

Con el sombrero en la mano, enjugándose el sudor, entró en la huerta, y súbitamente ahora sentía una cólera amarga por el desamparo en que se encontraba en una quinta tan poblada y de tanta servidumbre. De cinco criados, ninguno había acudido, y él, amenazado de muerte á una pedrada de la huerta y de la era. Sólo con que corrieran dos hombres con palos ó azadas y todavía alcanzaban á Casco en la carretera y lo mofían como á cibera.

Atravesó el patio en busca de la puerta alamburada de la cocina. Dos mozos de la huerta, la hija de Crispula y Rosa, conversaban sentados en un banco de piedra, bajo la fresca obscuridad de la noche. Toda la cólera del hidalgo rompió:

— ¿Qué sarao es este? ¿Ustedes no me oye-ron llamar? Pues encontré allá abajo, al pie del pinar, un borracho que no me conoció y vino hacia mí *con una hoz*. Felizmente llevaba este bastoncillo. Y llamo, grito. Nadie: todos aquí de paligne con la cena cociendo. ¡Qué desafuero! Otra vez que esto suceda van todos á la calle.

Su faz llameaba alta y valiente. La pequeña de Crispula escabullóse encogida hacia un rincón de la cocina, detrás de la masera. Los dos mozos, de pie, inclinábanse como dos espigas bajo un gran viento, y mientras Rosa, aterrada, se derretía en lamentaciones sobre «desgracias que así se arman», Gonzalo, deleitado por la sumisión de los dos hombres tan fornidos y con tan gruesos garrotos recostados en la pared, les dijo:

— Sois todos sordos en esta pobre casa. . . Además de eso, la puerta del pomar cerrada. Tuve que tirarla de un empujón. Quedó hecha pedazos.

Entonces, uno de los mozos, el más rubio, con mandíbula caballuna, pensando que el hidalgo censuraba la flojedad de la puerta mal cuidada, rascóse la cabeza disculpándose:

— Pues, con perdón del hidalgo. . . Pero ya, después de la salida de Rello, se le puso una tranca y cerradura nueva.

— ¡Qué cerradura! — gritó el hidalgo soberbiamente —. Despedacé la cerradura, despedacé la tranca. Todo quedó hecho astillas.

El otro mozo, riendo para congraciarse:

— ¡Santo nombre de Dios! Entonces el hidalgo manda fuerza.

El compañero, convencido, alargando la enorme mandíbula:

— ¡Fuerza! ¡De matar! Porque la puerta era dura. . . Y ya, después de Rello, tenía cerradura nueva.

La certeza de su fuerza, loada por aquellos fuertes, reconfortó enteramente al hidalgo de la Torre, ya blando y casi paternal:

— Gracias á Dios, para derribar una puerta, aunque sea nueva, no me falta fuerza. Lo que no podía, por decencia, era arrastrar por esas carreteras á un borracho hasta en casa del regidor. Por eso fué por lo que llamé y grité, para que ustedes lo agarraran y lo llevaran al regidor. Bien, acabó. Rosa, dé una copa de vino á estos rapaces para la cena. Á ver si otra vez oyen.

Ahora parecía un antiguo señor, un Ramires de otros siglos, justo y avisado, que reprende una flaqueza de sus solarengos y luego perdona por amor, á cuenta de próximas hazañas. Después, con el bastón al hombro, como una lanza, subió por la lóbrega escalera de la cocina; y arriba en el cuarto, apenas Benito entró para vestirlo, comenzó su epopeya, más cargada y terrorífica, asombrando al hombre sensible parado frente á la cómoda, sin posar la infusión de agua caliente, las botas limpias, ni la brazada de toallas que